

# ANALOGIA ETNOGRAFICA Y ARQUEOLOGIA MAYA: DOS EJEMPLOS Y ALGUNAS REFLEXIONES

Pierre BECQUELÍN  
CNRS. Musée de l'Homme, Paris

Los arqueólogos se han valido constantemente de la analogía etnográfica y al mismo tiempo el debate crítico en torno a dicho procedimiento no ha cesado nunca. No abordaremos aquí el problema epistemológico, tratado en publicaciones recientes (Salmon, 1982; Wylie, 1985) y, a nuestro parecer, resuelto positivamente. Recordemos que el razonamiento analógico puede definirse de la siguiente manera: por comparación con determinado fenómeno histórico o etnográfico A, cuya forma y contexto se consideran análogos a los del fenómeno arqueológico B, se propone para B ya sea la misma explicación (o relación causal) que la conocida para A, o la presencia de elementos funcionales no existentes aparentemente en B y presentes en A. Este tipo de razonamiento es inevitable si queremos dar un sentido cultural a nuestros materiales. Todas las construcciones interpretativas en arqueología recurren, implícita o explícitamente, a analogías que dependen de la semántica general o de una semántica local (Gardin, 1979: 195-96).

El recurso de la analogía necesita ser controlado y su fiabilidad discutida. Se trata de definir grados de validez de las construcciones interpretativas, que varían en función de la distancia en el tiempo y/o en el espacio, o de las características ecológicas y socio-culturales, y de la complejidad de los elementos comparados. Así la analogía relativa a un objeto arqueológico maya y otro similar, usual en un pueblo maya actual (por ejemplo un metate o una mano de moler), tendrá una validez muy elevada, mientras que una analogía entre la civilización maya clásica y el feudalismo europeo la tendrá muy reducida (y las relativas a la civilización kmer o a una civilización africana, no mucho más). En el orden de la distancia se opera una distinción espacial entre analogías generales y analogías específicas; estas últimas parten del postulado del mantenimiento de una tradición cultural entre hechos arqueológicos y hechos históricos y etnográficos, en un espacio geográfico determinado. Del mismo modo

que las analogías generales pueden diferenciarse, por ejemplo en función de criterios ecológicos y de tipos socio-culturales, así también las analogías específicas pueden graduarse de acuerdo con su posición cronológica y espacial. Se planteará así la cuestión, en la tradición cultural maya, del grado de validez de las comparaciones entre Tierras Altas y Tierras Bajas, y entre período clásico y período contemporáneo. Además la analogía específica no podrá eludir el problema de la complejidad: si, a partir de la presencia de metates, se puede inferir fácilmente una actividad de molienda, es más difícil, a partir de la similitud de los patrones de poblamiento, inferir que la estructura política de la civilización maya clásica de las Tierras Bajas era del mismo tipo que la de hoy en Zinacantán.

Por supuesto, antes de recurrir a la analogía es fundamental una etapa preliminar: es necesario que los hechos arqueológicos se hayan situado en configuraciones formales, como resultado de las operaciones clásicas de tipología y análisis espacial.

Otra dificultad de los enfoques analógicos proviene de los datos comparativos. Dado que, en el campo de la cultura material, justamente la que presenta mayor interés para los arqueólogos, el recurrir a las publicaciones históricas o etnográficas se ha revelado a veces decepcionante, se ha desarrollado recientemente una nueva disciplina, la etnoarqueología. Su objeto principal es el de estudiar las relaciones existentes entre los vestigios materiales y los comportamientos socioculturales que se encuentran en la base de su producción y distribución. La investigación puede hacerla directamente el arqueólogo, o pedírsela a un etnólogo, o incluso hacerse en colaboración. Sea como sea, la investigación hay que hacerla en relación estrecha con una problemática arqueológica precisa, y no con el fin de constituir un corpus de datos etnoarqueológicos sin utilización concreta (p. ej.: Hayden y Cannon, 1984).

Aunque el valor de los resultados obtenidos sea todavía objeto de apreciaciones enfrentadas parece sin embargo haberse llegado a un consenso sobre algunos puntos positivos: la analogía fundada en los datos de la etnoarqueología se apoya en elementos mejor controlados, permite formular hipótesis mejor fundadas y, llegado el caso, proporciona contra-ejemplos que invalidan las generalizaciones abusivas.

Pasemos ahora a unos casos concretos. El primer ejemplo concierne nuestras investigaciones sobre el patrón de poblamiento prehispánico en el valle de Ocosingo, en Chiapas. Se centraron en una ciudad maya del período clásico, Toniná (cuyas inscripciones cubren el período 593-909 después de Cristo) y el poblamiento en torno a ella. La región siguió ocupada en el Postclásico y, posteriormente, la población maya de lengua tzeltal presente en el valle en el momento de la conquista fue concentrada por los Dominicos en el pueblo de Sivacá, o prácticamente asimilada en el pueblo de Ocosingo o en las haciendas. Por el contrario, en la región de Bachajón, situada a unos treinta

kilómetros al noroeste, la población tzeltal sigue siendo «tradicional». Paralelamente a las investigaciones arqueológicas realizadas en Toniná, se efectuaron en la región investigaciones lingüísticas y etnológicas. Recordaremos que en los años setenta se abrió un debate relativo a la validez del modelo presentado por Vogt, etnólogo que dirigió investigaciones minuciosas en Zinacantan; dicho modelo, llamado «genético», hacía hincapié en las continuidades y asimilaba, por ejemplo, la red del poblamiento del Clásico reciente a la red actual. Dadas las similitudes observadas en la morfología espacial, se proponía la hipótesis de una continuidad en el sistema social y en el sistema de los cargos (político-religiosos): rotación anual de los «oficiales» y movimientos entre las aldeas y el pueblo, asimilado al «centro ceremonial» clásico.

Nuestros trabajos de campo tenían entre otros objetivos el de permitir evaluar la validez del modelo propuesto. Parecía posible establecer comparaciones entre el presente etnográfico y la red del poblamiento prehispánico en el valle de Ocosingo, incluso en el plano demográfico no abordado por Vogt. Existen condiciones suplementarias que confirman nuestra proposición: mismas condiciones naturales, mismo sistema agrícola con maíz en cultivo de roza (no hay vestigios de cultivo en terrazas en el valle de Ocosingo).

Recordemos que Toniná es una pequeña ciudad con templos, palacios, juegos de pelota, esculturas e inscripciones que han permitido establecer una secuencia de nueve soberanos. Además de Toniná las investigaciones se ampliaron al valle, en el que se llevó a cabo una prospección sistemática en 102 km<sup>2</sup> que incluyeron la parte baja de las laderas. La visibilidad es buena ya que predominan los pastizales. Se han descubierto 106 sitios, la mayoría de los cuales han sido fechados mediante colecciones de superficie o sondeos. La red mejor conocida es la del Clásico Tardío, período en el que las dos terceras partes de los sitios están ocupados. En el Postclásico, durante el cual resulta difícil hacer una distinción neta entre un aspecto temprano y otro tardío, sólo se encuentra habitado el 45 % de los sitios.

Por carecer de elementos arquitectónicos visibles, la clasificación de las estructuras se hizo a partir de la altura, la longitud y la anchura de los montículos y se llega a una tipología muy sencilla basada en la superficie y la altura:

a) Plataformas muy pequeñas, de menos de 25 m<sup>2</sup>, altura hasta 1 m. Representan aproximadamente el 11 %.

b) Plataformas pequeñas, de 25 a 120 m<sup>2</sup>, altura hasta 2 m. Representan aproximadamente el 60 %.

c) Plataformas medias, de 120 a 200 m<sup>2</sup>, altura hasta 2 m. Aproximadamente el 18 %.

d) Grandes plataformas, de más de 200 m<sup>2</sup>, que pueden llegar hasta 2 m de altura. Son muy pocas: el 5 %.

e) Pirámides: a partir de 200 m<sup>2</sup> y más de 2 m de altura. También son muy pocas: el 6%.

Se considera que las plataformas pequeñas y medias (que juntas llegan al 78%) corresponden a basamentos de edificios de habitación por diferentes razones:

1. el principio de abundancia;
2. sus dimensiones razonables, comparables a las de las casas actuales;
3. el hecho que algunas excavaciones han puesto al descubierto hogares, cerámica culinaria, metates, restos de cocina (huesos de animales);
4. una organización en grupos de dos o tres, a veces más, que hace pensar en grupos residenciales contemporáneos.

Estos grupos se encuentran bien repartidos en el valle y son de poca densidad. Algunos de ellos cuentan con una pequeña pirámide; creemos que se trata de las residencias de los linajes más importantes; se hallan situados en el centro del valle, cerca de Toniná, y por tanto no corresponden a una organización del valle en distritos.

En el Postclásico, que está menos conocido, subsisten algunos elementos semejantes a los de la red antigua, bajo la forma de pequeños grupos residenciales.

¿Qué interpretación podemos dar a estos hechos? Los datos contemporáneos, relativos a la casa y a la unidad habitacional, ya han sido utilizados con frecuencia desde el trabajo de Wauchope (1938), y se pueden admitir las analogías observadas por Vogt con respecto a la unidad habitacional y, en algunos casos, a la aldea. Así pues, se podrá considerar que las unidades habitacionales prehispánicas que hemos descubierto corresponden a sistemas patrilineales localizados, como en el actual territorio de Bachajón, o en el de Zinacantán. Pero no por ello se inferirá una organización político-social idéntica (es decir un sistema de cargos, de todos modos diferente en las dos comunidades contemporáneas citadas).

En lo que concierne a la demografía, durante mucho tiempo se utilizó la cifra obtenida en Chan Kom (Redfield y Villa Rojas, 1934) de 5,6 personas por familia (o, mejor dicho, por grupo doméstico), pero su aplicación es delicada: hay que saber cuántos edificios ocupa la familia, deducir las cocinas, comprobar el número de edificios desocupados; de ahí la necesidad de una investigación especial como la llevada a cabo en Bachajón.

Esta investigación, efectuada por Alain Breton, se centró sobre todo en un sector del territorio de Bachajón del que se ha hecho un mapa, trazado el plano de las unidades habitacionales y efectuado el censo, con inclusión de la definición de los lazos de parentesco entre los miembros de la familia (Breton,

1979). Con el fin de obtener datos estadísticos relativos a los edificios, los «sitios», los tipos de grupo doméstico y el número de sus miembros, se agregaron posteriormente otras muestras provenientes de dos pueblos cercanos (Sivacá y San Marcos; Breton, 1990).

La información general cubre 159 casas para una población total de 988 personas. El promedio del grupo doméstico es de 5,95 en poblamiento agrupado y de 6,84 en disperso (para las familias extensas las cifras respectivas son de 7,33 y 10, y para las nucleares de 5,74 y 5,60). Se pueden distinguir dos tipos de sitios: los simples comprenden uno, o más a menudo, dos edificios; los compuestos, de tres a cinco y son mucho menos frecuentes (representan el 11,95 %). En cuanto a la superficie construida, la media es de 18,7 m<sup>2</sup> para las cocinas, de 30 m<sup>2</sup> para los «dormitorios» y de 40,8 m<sup>2</sup> para los edificios mixtos. La superficie ocupada por habitante, hecha la media de todos los edificios, es de 8,36 m<sup>2</sup>, se cuenta en media 3,4 personas por edificio.

Gracias a 11 planos de las unidades habitacionales de Bachajón (sector rural y pueblo) que nos fueron facilitados por Alain Breton, ha sido posible calcular otros datos útiles para el arqueólogo; estas unidades corresponden a un total de 41 edificios. Se pueden distinguir, como lo hemos mencionado, los varios tipos de edificios. La superficie de las cocinas (29,3 %) varía entre 6 y 79,5 m<sup>2</sup>; la de los «dormitorios» (36,3 %), entre 7 y 94; la de los edificios mixtos (12,2 %), entre 22 y 69; y la de las trojes (17 %) entre 4 y 18. Si se dejan de lado las dos medidas extremas de una cocina y de un «dormitorio», la variación para estas dos categorías se reduce (entre 6 y 29; y entre 7 y 66). Se notará sin embargo que es difícil distinguir, con arreglo a su superficie, las cocinas grandes de los «dormitorios» pequeños.

Recordemos, por último, que los «sitios» están ocupados por grupos domésticos, aislados o que forman un grupo local, correspondientes a segmentos de linajes patrilineales. En otras situaciones en las que el vínculo con la etnografía actual es menos claro, es preferible no pronunciarse sobre el sistema de parentesco (que pudo haber sido bilateral) y hablar simplemente de familias extensas (Wilk, 1988).

En las publicaciones se alude siempre al problema de la elección de un número de habitantes por casa, pero las discusiones no son muy profundas (con excepción de Haviland, 1972). La utilización de los datos etnohistóricos nos parece de un alcance limitado en lo relativo a este punto, ya que si bien suministran indicaciones sobre las dimensiones del grupo doméstico, y a menudo sobre su composición, no dicen nada, o son muy poco precisos sobre el poblamiento propiamente dicho: número, función y dimensiones de los edificios. En cuanto a las analogías etnográficas, se basan a menudo en unos pocos datos aislados, y los escasos casos concretos se explotan mal. Por ejemplo, con respecto a Chan Kom, la cifra de 5,6 personas por familia se considera a menudo como referida a una casa (edificio aislado), cuando en

realidad el plano publicado por Redfield y Villa Rojas permite calcular el número total de casas, e incluso da el número de casas desocupadas en el momento del censo (se llega así a 4,65 habitantes por casa). Lo que todavía es más curioso es que los propios autores no utilicen en sus estudios ulteriores censos interesantes, bien es verdad que publicados demasiado sucintamente (p. ej.: Folan, 1977, sobre el pueblo actual de Cobá; Kurjack, 1965, sobre Chablekal, cerca de Dzibilchaltún).

El segundo ejemplo concierne a sitios puuc de la región de Xculoc, en Campeche. Los *chultunes*, cisternas subterráneas, son el único recurso de que disponían las unidades habitacionales de los sitios puuc de la región durante los seis meses de estación seca. Tras calcular la capacidad de los *chultunes*, se puede proponer un número de habitantes máximo por unidad durante la estación, si ha sido posible estimar el consumo de agua necesario por persona.

Esa es la razón por la cual, paralelamente a las excavaciones realizadas en 1987, sobre unidades habitacionales del Clásico Terminal en Xcochkax, uno de los centros de la región, el geógrafo O. Gougeon llevó a cabo un estudio sobre el consumo de agua, en la estación seca, por los campesinos mayas del pueblo de Xculoc. El recurrir a la analogía presupone, en este caso, la persistencia de condiciones climáticas similares desde aproximadamente el año 900 de nuestra era, y de semejanzas suficientes entre las unidades habitacionales actuales y las prehispánicas en el ámbito de la vida cotidiana y de la alimentación. Se ha obtenido una cifra de consumo mínimo de 17 litros, que puede teóricamente, en caso de penuria, reducirse a seis. Observaciones puntuales corroboran estas cifras. En Edzná, los miembros de una familia utilizaban alrededor de 16,6 litros de agua por día durante la estación seca (Matheny, 1978: 204); en Xtampak, unos obreros que disponían de una cantidad de agua limitada consumían alrededor de 6,44 litros por día (Brainerd, 1958: 30).

Las estimaciones obtenidas gracias a estos datos pueden compararse con el número de habitantes calculado de acuerdo con los indicadores demográficos generalmente aceptados. El resultado es positivo, en el caso de la unidad estudiada en Xcochkax, pero para poder validar el procedimiento son necesarias más verificaciones.

Por último, mencionemos otro estudio, no directamente pertinente para nuestras investigaciones, acerca del poblamiento contemporáneo en Xculoc y en la región de Valladolid (F. de Pierrebourg). Actualmente la habitación en Xculoc es del tipo septentrional, con una gran mayoría de casas con ábsides de forma ovalada, y por tanto muy diferentes de las casas puuc, rectangulares y subdivididas en pequeños cuartos. Además las casas puuc estaban dispuestas en torno al área de captación de una cisterna. La comparación de las áreas de actividad no es pues evidente, en este caso, pero puede resultar decisiva cuando

se lleven a cabo las excavaciones de sitios del norte de la península, fuera de la región puuc.

En conclusión, nos preguntamos si la analogía etnográfica en el área maya necesita una justificación teórica general. ¿Debe remitirse a la hipótesis sostenida por Vogt de un «modelo genético», que diera cuenta de la tradición cultural maya? Este modelo implica que se tomen en cuenta continuidades biológicas, lingüísticas y culturales, que se manifestarían bajo la forma de configuraciones estables, por ejemplo en la esfera de la cosmología, del ritual y de la estructura familiar. El modelo y la mayoría de las configuraciones propuestas han sido objeto de críticas. No por ello deja de ser cierto que, en numerosos dominios, esa tradición existe. La supervivencia de poblaciones que hablan lenguas de una misma familia, en la misma área geográfica, basta tal vez para explicar el mantenimiento de ciertos elementos comunes, sin tener que recurrir a un modelo tal vez demasiado estricto.

#### BIBLIOGRAFIA

- ARNAULD, M.-C., BECQUELIN, P., y MICHELET, D. (1989). ¿Fiabilidad de las observaciones de superficie en un sector del Puuc occidental? *Memorias del Segundo Coloquio Internacional de Mayistas, 1987*, Vol. I: 377-89. UNAM, México.
- BECQUELIN, P. (1973). Ethnologie et archéologie dans l'aire maya: analogies et évolution culturelle. *Journal de la Société des Américanistes*, T. 62: 43-55. Paris.
- , et MICHELET, D. (1990). La civilisation puuc du Yucatan. *Les Dossiers de l'Archéologie*, n.º 145: 8-10. Dijon.
- , et TALADOIRE, E. (sous la direction de) (1990). *Tonina, une cité maya du Chiapas. Recherches archéologiques 1979-1980*. CEMCA, México.
- BRAINERD, G. W. (1958). *The archaeological ceramics of Yucatan*. University of California. Los Angeles.
- BRETON, A. (1973). Groupes, groupements et structures de l'habitat chez les indiens tzeltal de Bachajon, Chiapas. *Journal de la Société des Américanistes*, T. 62: 57-87. Paris.
- (1979). *Les Tzeltal de Bachajon. Habitat et organisation sociale*. Laboratoire d'Ethnologie. Nanterre.
- (1990). Habitat et démographie dans la région de Tonina: repères contemporains. In Becquelin et Taladoire 1990, *op. cit.*: 1625-1637.
- FOLAN, W. J. (1977). Coba archaeological mapping project, interim report n.º 2. *Boletín de la Escuela de Ciencias Antropológicas de la Universidad de Yucatán*, n.º 22-23: 29-51. Mérida.
- GARDIN, J.-C. (1979). *Une archéologie théorique*. Hachette, Paris.
- GOUGEON, O. (1987). *Rapport sur les activités réalisées en Mars 1987 à Xculoc (Campeche)*. Ms., CEMCA, México.

- HAVILAND, W. A. (1972). Family size, prehistoric population estimates and the ancient maya. *American Antiquity*, 37(1): 135-139. Washington.
- HAYDEN, B. and CANNON, A. (1984). *The structure of material systems: Ethnoarchaeology in the Maya Highlands*. Society for American Archaeology, Papers, n.º 3. Washington.
- KURJACK, E. B. (1965). Census and settlement patterns studies at modern Chablekal. In: Andrews IV E. W., *Progress report on the 1960-1964 field seasons, National Geographic Society - Tulane University Dzibilchaltun Program*, pp. 38-39. Middle American Research Institute, Pub. 31, Tulane University. New Orleans.
- MATHENY, R. T. (1978). Northern Maya lowland water-control systems. In: Harrison P. D. and B. L. Turner II, *Pre-hispanic Maya agriculture*, pp. 185-210. University of New Mexico Press. Albuquerque.
- PIERREBOURG, F. de (1989). El espacio doméstico maya: una mirada arqueológica sobre el presente. Proposición de un método. *Trace*, n.º 16: 31-42. CEMCA, México.
- REDFIELD, R. and VILLA ROJAS, A. (1962). *Chan Kom. A Maya village*. University of Chicago Press, Chicago.
- SALMON, M. H. (1982). *Philosophy and archaeology*. Academic Press. New York.
- VOGT, E. Z. (1969). *Zinacantan; a Maya community in the Highlands of Chiapas*. Harvard University Press. Cambridge.
- (1971). Addendum to «Summary and appraisal». In: E. Z. Vogt and A. Ruz L., *Desarrollo Cultural de los Mayas*, revised edition: 428-447. UNAM. México.
- (1982). The genetic model revisited: on the origins and development of the Maya. *Anales de Antropología*, T. II: 73-98. UNAM. México.
- (1983). Ancient and contemporary Maya settlement patterns: a new look from the Chiapas Highlands. In: Vogt E. Z. and R. M. Leventhal, ed., *Prehistoric settlement patterns: Essays in honor of Gordon R. Willey*, pp. 89-114. University of New Mexico Press, Albuquerque.
- WAUCHOPE, R. (1938). *Modern Maya houses: a study of their archaeological significance*. Carnegie Institution of Washington, Pub. 502. Washington.
- WILK, R. R. (1988). Maya household organization: evidence and analogies. In Wilk R. R. and W. Ashmore, ed., *Household and community in the Mesoamerican past*, pp. 35-151. University of New México Press. Albuquerque.
- WYLIE, A. (1985). The reaction against analogy. *Advances in Archaeological Method and Theory*, Vol. 8: 63-111. New York.